

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 "
Un año.	30 "
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 "
Un año.	34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 "
Un año.	74 "
En París recibe suscripciones y anuncios para El Cascabel, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.	
Se suscribe en la Habana, Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMÉRICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 "
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	110 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRÍNCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

LAS CHINCHES.

ARTÍCULO DE VERANO.

Si no fuese porque tengo la certeza de que las chinches no hablan,—al menos en los tratados de zoología que han llegado hasta mis manos, nada se dice de esta particularidad,—aun estaria en la duda de si fué realidad ó fué ilusión lo que me sucedió ayer noche.

Estaba yo engolfado en mil extraños pensamientos, y con la cabeza apoyada en la almohada, como para pedirle consejo y consultarle sobre lo que hacer debiera en un asunto que me preocupaba en demasía.

Yo, en todos los negocios arriesgados de mi vida, y principalmente en aquellos que requieren que se proceda con mucho tino y mucho pulso, tengo la costumbre de consultar con la almohada, por más que la almohada nunca me haya aconsejado otra cosa sino que me duerma, consejo que, como no he tenido jamás motivo para considerarlo bajo otro punto de vista que el de la imparcialidad y buena fé, he tomado casi siempre *ad pedem literem*. Esto es, al pié de la letra, por si alguno de los lectores está en el latin tan ducho como yo, que jamás pude pasar del *quis vel quis*.

Seguramente, esta vez hice lo mismo que las otras, y el consejo de la consultada se redujo á inclinarme á lo de siempre, y me quedé dormido como un justo.

El sueño de los justos debiera ser una cosa incomparable si las chinches supieran hacer las correspondientes distinciones entre los que lo son y los que no lo son, y nunca se ensañasen mas que con los que están en el último caso.

Pero como las chinches son insectos que no distinguen de colores, por la sencilla razon de que solo andan de noche y sin linterna, además de que por el mundo van fatalmente confundidos, y barajados, y revueltos, culpables é inocentes... ¡Vaya V. á distinguir!...

De lo dicho se deduce que los justos solo pueden gozar un sueño tranquilo en el invierno (si tienen buena cama y han cenado, porque si no, las *vigilias* andan siempre con cien ojos, á fin de encontrar un vacío donde aposentarse), puesto que el invierno es la gran estacion para que duerman los que no tienen inconvenientes materiales ni fantasmas en la conciencia que se alcan en tropel como perturbadores del reposo.

Pero volvamos á las chinches.

Ya he dicho que yo estaba... Decir *volvamos á las chinches*, y ponerse acto seguido á hablar de mí, es torpeza insigne, que cualquiera interpretará como le plazca, sin que la interpretacion me favorezca.

Prescindase de mi individualidad, y volvamos á coger el hilo de mi cuento.

Con las sienes sobre la almohada, es decir, una de ellas, no recuerdo si fué la izquierda ó la derecha, porque las dos al mismo tiempo era imposible, me hallaba meditando sobre los males que afligen á la patria.

La patria, como VV. saben, esta *muy oprimida*. (Entre paréntesis, no tiene un cuarto, que es una de las mayores opresiones que pueden pesar sobre cualquiera).

A poco escuché la siguiente conversacion, pronunciada dentro de mi misma oreja. Como que eran dos chinches machos las interlocutoras:

—Hola, compañera, ¿hacia dónde se camina?  
 —¡Hombre!... yo habia salido con ánimo de buscar habitacion... Mañana hacen sábado en el cuarto en que moraba, y ya ve V., un sábado, para nosotras, es como para un Gobierno un día de pronunciamiento...  
 —Es la verdad.  
 —Y tanto como lo es...  
 —¿Y quién le ha informado á V. tan mal, que por aquí ha dirigido sus exploraciones?...  
 —Hombre, diré á V. Como esta casa es de pupilos... Anoche, dando un paseo con la familia,—ahora somos

pocos, nuevecientos ochenta y nueve mil quinientos treinta y siete hijos y la esposa, que dará á luz en uno de estos dias otros tantos,—ví en los balcones los papeles, y me dije:—Ningun punto mejor para que nos establezcamos. En una casa de pupilos nunca es sábado, y....

—¡Ay amigo mio!... ¿Sabe V. dónde se ha metido? Precisamente me disponia yo á buscar casa cuando nos hemos encontrado.

—¿Y eso?... ¿Dará la casualidad de que en esta casa hagan á menudo la limpieza?

—¡Quiá! nó, señor. Por esa parte pudiéramos vivir tranquilos, al menos un par de años; pero es el caso....

—¿Qué, hombre, qué?... Me tiene V. alarmado.

—¿Qué quiere V. que yo le diga?

—¡Hombre! lo que haya; ¿á qué estamos mas que á ayudarnos los unos á los otros? hoy por tí, y mañana por mí.

—Pues lo que hay, es que no hay nada.

—¿Qué me cuenta V?... Pues el individuo en cuya oreja izquierda nos hallamos ahora mismo, y de la cual ya hemos tomado un *tente en pié*, me parece que no es saco de paja. Bien gordo y bien rebusto está.

—Sí, señor; yo lo he estado *usufructuando* hace mes y medio, y crea V. que en él cifraba el porvenir de mi familia, pero....

—Me está V. asesinando con esas reticencias... Acabe V. de una vez.

—Pues bien, amigo mio. Esto no es mas que *pan para hoy y hambre para mañana*. Sepa V. que á este individuo acaban de dejarle hoy cesante... Ya ve V. lo que de él nos podemos prometer.

—Tiene V. razon, amigo mio. Huyamos de estos lugares. Antes me avendria yo á vivir entre gitanos....

—Una idea salvadora se me ocurre....

—Diga V.

—V. será amigo de la mesa....

—De la mesa no, eso me es indiferente; de los buenos manjares, ya es otra cosa. Y sobre todo, de la variacion... porque mire V., que eso de estar circunscrito solamente á una familia....

—Eso digo yo... y por lo mismo le iba á proponer un gran negocio.

—Pues hable V., hable V. Le escucho, y mientras V. se explica, voy á tomar otro bocado. Esta muy bien aderezado este sugeto. Lástima grande que todas estas carnes se bayan de convertir en breve en pergamino....

—Pues como empecé á decirle á V., el gran negocio era marcarnos á una casa de dormir. Allí no habia de faltarnos diversidad en los manjares. Cada noche duermen personas diferentes, de modo que....

—Pero, hombre... ¿De dónde viene V., que ignora lo que ocurre?... ¡Aunque viviera V. en Africa!... ¿No sabe V. que las casas de dormir se suprimieron?

—¿Qué me cuenta V?

—Lo que V. oye.

—¿Y quién ha mandado semejante cosa?

—Quien puede.

—Eso es atentar contra la tranquilidad pública y contra el sosiego general... ¡Como si el dormir fuera pecado!...

—Es más que todo eso: es privarnos de un derecho que desde hace siglos veniamos disfrutando.

—Pero sea como quiera, lo cierto es que ya no hay casas de dormir.... ¿No es esto?

—Ya se lo dije á V.

—Y entonces, ¿dónde nos instalamos?

—Mire V., en la casa de al lado vive una jamona que... vamos, está metida en carnes, y según me ha asegurado un amigo que habitó largo tiempo en una de las perinolas de su cama, tiene un sabor muy agradable.

—Y entonces, ¿por qué la dejó éi?

—Por nada, porque decia que tenia un sueño muy inquieto, y que además nunca se dormia hasta las cuatro de la madrugada, leyendo el folletín de *La Correspondencia*.

—Eso de tener el sueño inquieto, es algo grave. ¿No conoce V. por aquí otros vecinos?

—Me han informado de un matrimonio jóven, que habita más allá.

—¿Son recién casados?...

—Creo que sí....

—Si viera V. qué poco me gustan los matrimonios... El año pasado viví en la habitacion de uno, y salí hartito... La esposa queria acriditarse de limpia y cuidadosa con su cónyuge, y un día sí y otro no limpiaba, y removia, y despolvoreaba y deshollinaba todo el cuarto.... aquello, en fin, era no tener un punto de sosiego.

Creame V., hasta tanto que con el transcurso de algun tiempo se entibian estos alardes de curiosidad, no se puede sosegar con tales gentes.

—Muy descontentadizo encuentro á V. para los tiempos que alcanzamos.... ¿Le convendrian dos niñas que viven allí en frente?

—¿Qué edad tienen?

—Veinte años.

—¿Entre las dos?

—Nó, hombre, cada una.

—¿Van á bailes y tertulias?

—Creo que sí.

—Entonces buscaré por otro lado. La mejor noche me faltan, porque se prolonga la funcion hasta el amanecer, y nos quedamos mi familia y yo sin el necesario alimento.

—¿Le convendria á V. un Prebendado?

—Divinamente. Eso ha sido siempre mi más bello ideal. ¿Está llenito y bien acondicionado?

—Sí, hombre, sí; es algun tanto linfatico, pero todo no se puede hallar completo....

—¿Y tiene ama?

—Sí, señor.

—Entonces, hemos encontrado colocacion para las dos familias. V. se encarga de él, y yo de ella.

—Convenido.

—Pues guíe V. hácia la casa.

A este punto llegaba de mi sueño, cuando me desperté, dirigiendo mi mano derecha hácia mi oido izquierdo, con una presteza digna de notarse. Un picor desesperante reclamaba el auxilio de las uñas.

Lo de la conversacion de las chinches podia no ser cierto, pero que me habian devorado media oreja, era verdad.

MARÍA MAGDALENA.

Publicamos á continuacion un fragmento de la novela de aquel titulo, cuya publicacion, de extraordinario lujo, va á empezar en breve, según hemos anunciado.

Es un libro que, por sus condiciones literarias, por el sabor exquisito de la época, por la verdad de los caracteres y el pensamiento profundamente moral y religioso que encierra, ha de llamar grandemente la atencion.

FRAGMENTO.

María empezó á sentir un afan desconocido, completamente nuevo para ella.

Cada vez que encontraba á Sahara en un sitio público, su corazon se agitaba violentamente; la veia hermo-

sa á pesar suyo, y juzgaba que las miradas que atraía la judía de la calle de Jehú, eran una usurpación de un tributo a ella solamente debido.

Esto, por sí solo, hubiera bastado para despertar en su alma un sentimiento de odio hacia la mujer que le disputaba el cetro de la belleza; y si á esto se añade que a aquella mujer le robaba el corazón del hombre amado, se comprenderá hasta qué punto sufría á su vista Magdalena.

Una duda asaltaba á veces su mente, aliviando la mitad del daño que su espíritu padecía.

No tenía Magdalena más que indicios de los amores del Centurion con Sbara.

Usando de una reserva poco común en la mujer, no manifestó su sospecha á su amante, y se limitó á observarle.

Cayo Antonio era hombre poco expansivo. Las pasiones, si anidaban en su corazón, rara vez asomaban á su severo rostro, y mucho menos las traducían sus facciones cuando tenía interés en guardarlas secretas.

En esta situación, legó á manos de Magdalena el misterioso pergamino escrito por el hermano de Roboam.

Estaba concebido en estos términos:

«Ve el corazón que ama, si no quiere ser engañado.»

«Porque el engaño está oculto detrás de las nubes que envuelven el sueño del amor.»

«Y no confíe demasiado la mujer porque sea muy hermosa.»

«Porque la hermosura de las mujeres es como la de las estrellas de los cielos: en donde una brilla mucho, aparece otra que brilla más que aquella.»

«Y solo hay una estrella que brilla siempre sobre todas.»

«Y esa estrella es la de la virtud.»

«Y la mujer que no brilla por la virtud, fácilmente puede ser por otra vencida y humillada.»

«Y ¡ay de aquella que no fué virtuosa!»

«Y ¡ay de aquella que por no haberlo sido perdió el brillo mayor de su hermosura!»

«Porque ese brillo ya no volverá á recobrarlo.»

«Y el hombre que la ame, presto dejará de amarla.»

«Y el hombre que la estime, presto dejará de estimarla.»

«Y su amor se convertirá en olvido.»

«Y su estimación se trocará en desprecio.»

«Y en vano aquella mujer querrá recobrar lo que habrá perdido.»

«Y en vano será que pretenda reinar sola en el corazón que avasalló.»

«Otra le quitará su reino, y recibirá el vasallaje que ella recibiera.»

«Y por esta otra será humillada.»

«Y no le será dado otro desahogo que las lágrimas.»

«Y las lágrimas no aliviarán su tormento.»

«Antes bien quemarán su rostro y no apagarán el ardor de su alma.»

«Y llorará en la noche oscura y silenciosa.»

«Y mientras ella llora otros sonreirán de felicidad.»

«Y esos otros serán el hombre mismo que ella ama y la mujer misma que ella aborrece.»

«Porque ese hombre y esa mujer se habrán concertado secretamente para amarse.»

«Y ellos estarán en conversación, mientras aquella otra mujer llorará sola y desesperada.»

«Y en vano adornará aquella mujer su cuerpo con ricas galas por el día.»

«Su corazón vestirá luto por el día y por la noche.»

«Y el corazón del hombre y de la otra mujer vestirán vestido de fiesta.»

«Y de noche se verán.»

«Y la luna penetrará por entre las ramas de los árboles, y sus rayos alumbrarán su dicha.»

«Y serán los rayos mismos que harán brillar las lágrimas que derramará la otra mujer, engañada en aquella misma hora.»

«Y tú, María Magdalena, eres esta mujer misma que llora.»

«Y es Sahara la mujer que sonríe feliz y dichosa.»

«Y es Cayo Antonio el hombre que la ama á ella y ya no te ama á tí.»

«Y el huerto de Sahara es el paraíso de sus amores.»

«Porque á su huerto acude Cayo Antonio.»

«Y ella le espera para entregarle todo su corazón.»

«Y las copas de los árboles forman el dosel que cobija á los dos amantes.»

«Y es su lecho la fresca y menuda yerba del huerto.»

«Y el aura murmura dulcemente á su alrededor.»

«Y el viento les trae suspiros dolorosos.»

«Y estos suspiros son los de tu corazón angustiado.»

«Pero tus suspiros no penetran en sus oídos.»

«Porque el amor que gozan los aduerme en dulce felicidad.»

«Y los felices no piensan en los desgraciados.»

«Y los felices son ellos.»

«Y la desgraciada eres tú.»

«Y tú lloras, y piensas en su felicidad.»

«Y ellos sonríen y no piensan en tu dolor.»

Al concluir la lectura, María Magdalena lanzó un grito agudo arraucado del fondo del corazón, el pergamino se le cayó de las manos, y su cuerpo vino al suelo sin sentido.

VI

LA VOZ MISTERIOSA.

Las casas de la calle de Jehú, sirven de muralla á aquella parte de la ciudad.

Sus huertos comunican con el campo libre, cerrados solo por una tapia baja, una empalizada, ó una cerca, formada de cañas y matorrales.

Asomado al campo en una de las tapias, se halla un hombre, el ojo avizor y atento el oído al rumor más leve.

Ese hombre es el hermano de Roboam.

Está cercana la media noche.

Por entre los árboles del campo se desliza una figura, que más bien parece un fantasma llevado por el soplo del ligero viento.

Fasael no ha oído el ruido de sus pasos que apenas tocan en la menuda yerba, ni el rumor de su ropaje que flota al viento en su ligera marcha, pero ha visto pasar la sombra.

En los labios del judío se dibuja una sonrisa de siniestro placer, observa el punto en que la sombra se detiene, y desaparece luego de la tapia del huerto.

Aquella sombra era de una mujer.

Va vestida sencillamente. Su túnica es de finísima lana, color amarillo, y de la misma tela, y de color azul, el manto que cubre su cabeza.

La mujer viene del extremo opuesto de la ciudad.

Sa respirar, ahelante y fatigoso, denota el cansancio del camino; pero sus pasos son más ligeros á medida que más cercano ve el término de su misterioso viaje.

Su fisonomía está contraída por el anheloso afán del alma; sus ojos inciertos miran á todas partes como buscando un objeto perdido en el camino que sigue.

¡Triste mujer!

El objeto que sus ojos buscan es un corazón, y ¡ay! que el corazón que una vez se ha perdido, no se encuentra ya fácilmente en el camino del dolor y del desconsuelo!

La mujer se detiene al pié de un corpulento olivo.

El espeso ramaje del árbol, proyecta sombra bastante para ocultarla á la luz de la luna.

El árbol se halla frente por frente de la casa de Sahara, y á la distancia de veinte varas del cercado de su huerto.

El lector habrá conocido á Magdalena en la mujer misteriosa.

El escrito de Fasael ha exaltado poderosamente su corazón, despertando en él la más horrible de las pasiones, la de los celos, que le torturan cruelmente; y despreciando el peligro de la noche, sin sentir el temor de la soledad, Magdalena, empujada por la pasión que la domina, ha ido á ver por sí misma la infidelidad de su amante, á buscar la prueba cruel y desgarradora de su falta.

Sus ojos no se quitan del huerto de Sahara.

Los rayos de la luna iluminan de lleno la tapia.

El sitio á donde Magdalena mira, aparece claro, como si diara en él la luz del sol del medio día: tan viva es la de la luna, que brilla limpia y pura en el sereno azul del cielo.

Magdalena ve á menudo sombras que aparecen en la tapia del huerto.

Su cuerpo se estremece, fija más y más su anhelante mirada, adelanta algunos pasos para cerciorarse mejor, mirando mas de cerca; luego se retira otra vez al pié del olivo, convencida de que las sombras que veían sus ojos estaban solo en su imaginación cruelmente atormentada.

En esta horrible ansiedad pasó Magdalena cerca de dos horas.

Al advertir por sí misma el tiempo que había transcurrido, sonrió un dulce consuelo á su corazón angustiado.

—Acaso todo esto no sea más que un engaño, se dijo; á ser cierta la revelación que se me ha hecho, tenía sobrado tiempo para haber visto la prueba.

Pero inmediatamente la asaltó una idea contraria, que destruyó por completo el consuelo de la primera.

—¡Ay! ¡acaso haya venido él antes que yo, y mientras mi corazón duda, el suyo se está gozando en las delicias del amor de Sahara!...

No es posible describir el tormento de Magdalena al hacerse esta reflexión.

No cabe sufrimiento mayor que el de su espíritu en aquellos terribles instantes.

Todos los sentimientos, todas las pasiones que puede abrigar el corazón de una mujer, fueron heridos á un tiempo en lo más vivo por esa idea.

Ella, tan hermosa, vencida por otra belleza; ella, tan codiciada y por tantos pretendida, abandonada y desdeñada por uno; ella, tan enamorada, burlada en su amor inmenso por el solo hombre á quien había amado.

El amor propio y el amor de una mujer, no podían verse más humillados ni más cruelmente heridos que lo estaban en la triste Magdalena.

En la incertidumbre espantosa de si había ido Cayo Antonio antes que ella, resolvió permanecer allí hasta el día.

De pronto oyó un rumor extraño á su espalda.

Su cuerpo se sobrecogió de miedo.

La medrosa organización de la mujer sintió en aquel instante el temor de los espíritus débiles á la soledad y á la noche, cuando se encuentran en una posición como la de Magdalena.

Asaltó á su imaginación el miedo á las fieras, que acaso discurrían hambrientas por aquella soledad.

María Magdalena, verdaderamente asustada, no tuvo aliento ni aun para volver el rostro.

Al rumor siguió una voz misteriosa, solemne, que sonó sobre su cabeza como si descendiera del cielo.

Aloir la voz, perdió de repente el temor primero, para sentirlo de otro género; pero mucho más vivo, más profundo. Su miedo se convirtió en terror, que heló la sangre de sus venas.

La voz habló de esta suerte:

«¿Qué buscas aquí, mujer infeliz y desdichada?»

«Si buscas la certeza de tu desgracia, ¿qué prueba mayor que la del afán y el dolor de tu espíritu?»

«Tus ojos buscan ver á Cayo Antonio cómo penetra en ese huerto que tienes delante.»

«Y no lo han visto, porque Cayo Antonio penetró en él antes que ellos pudieran verle.»

«Mas si no le han visto entrar, le verán salir.»

«La luz del alba no asomará en el horizonte antes que asome el casco de un soldado romano en la cerca del huerto de la bella Sahara.»

En otro de los muchos pasajes importantes de la obra, resalta la figura de Jesús, dibujada de mano maestra, con originalidad suma y perfectamente expresado en ella el doble carácter de grandeza y humildad con que vino al mundo el Redentor del género humano.

Cuando los ojos de María Magdalena se fijaron en el rostro del Maestro lleno de dulcísima bondad, en su belleza incomparable, que no se parecía á la belleza de otro hombre alguno, ni tenía punto de comparación con nada imaginado; cuando vió aquellas sus facciones, que con ser de hombre no parecían humanas; el brillo de su mirada, que parecía formar alrededor de su limpia frente una aureola de luz del cielo; cuando contempló aquella su figura nobilísima, sin ser altiva, gallarda como ninguna, sin dejar de ser humilde majestuosa como no podía serlo la del rey más grande del mundo, y al par modesta como la del mortal más pequeño; al ver en conjunto la figura de Jesús, y sobre todo, al escuchar su voz, que apenas hería los oídos descendía recta al corazón, María empezó por sentir aquel dulce arrobamiento que experimentara vaga y misteriosamente la noche aquella, embargó sus sentidos una especie de sopor lánguido, que atormentó su espíritu, y doblando el hermoso cuello como la flor de la azucena al rayo ardiente del sol del medio día, cayó desmayada en brazos de la judía que la acompañaba.

COSTUMBRES DE MADRID.

EL PATIO DE UNA CASA DE VEJINDAD.

La calle de... es una de las cinco callejuelas que paralelas conducen de la calle de Embajadores á la Ribera de Curtidores.

La casa señalada con el número 7, es la mayor de la calle, sin ser por sola esta circunstancia la mejor, toda vez que su tosca y mezquina construcción, y el aspecto sucio y sombrío de su fachada, á la par que revelan las miserables condiciones propias de las casas de vejeidad que se encuentran en los barrios bajos, la hacen desmerecer de alguno de los otros edificios, de más antigua construcción, pero de condiciones más aseadas y más alegre aspecto.

De cuatro pisos se compone la expresada casa, formando un total de 32 habitaciones, la mitad de ellas interiores, y exteriores la otra mitad.

Al término de un oscuro y cenagoso portal, se halla la escalera, que conduce á las primeras habitaciones; la de las segundas en el patio.

La planta baja consta de cinco huecos, en esta forma: dos ventanas con reja volada, el portal, una tienda barbería, y otra ventana; total, cuatro habitaciones.

Los demás pisos guardan la misma proporción, y todos tienen balcones volados.

Resultado: diez y seis habitaciones exteriores y otras tantas interiores pueden albergar á 32 familias, que, por un cálculo prudente, conste una con otra de cuatro individuos cada una, y se encontrará un total de 128 personas, que se agrupan y confunden en el reducido espacio que ocupa dicha casa, absolutamente desprovista de las más indispensables condiciones de aseo y ventilación.

Las puertas vidrieras de la barbería se hallaban abiertas de par en par, tras de las que pendía un cortinón de lienzo ordinario, que acababa de d'essorer el maestro barbero, quien á la sazón se encontraba en compañía de tres vecinos y parroquianos suyos.

Era un hermoso día del mes de Junio, y acababan de dar las siete de la tarde en el reloj de San Cayetano.

—¿No bajas esta noche á la verbena, *Madruga*? exclamó uno de los tres hombres.

—No tengo hecha la intención; pero en fin, *ayá* veremos, contestó el llamado *Madruga*.

Era este un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, chiquitín, enjuto y moreno, hasta parecer mulato.

Vestía pantalón de lanilla de color de lila, blusa de percal francés, y una gorrilla que apenas le entraba en la cabeza, tirada sobre la frente.

Cuando este nombre tomaba parte, ó terciaba en alguna cuestión, quimera ó desafío, siempre era la suya la primera palabra insultante, el primer golpe siempre el suyo, y por eso le llamaban *Madruga*.

Había sido delantero de diligencia, despues zagal, y á la sazón *corria* con un carruaje de colleras que le confiaba un calesero establecido en la calle del Oso.

—Y tú, añadió despues, ¿tienes formada alguna voluntad sobre *eyo*, *Chepa*?

—Yo siempre voy á donde van los hombres, porque soy libre *pa too* y porque sé alternar, y distinguir con el sentido... porque puedo y porque Dios quiere, contestó *Chepa* mirando al maestro barbero con significativa insistencia.

El llamado *Chepa* era un hombre como de treinta años, alto, fornido, y un poco cargado de espaldas, efecto, segun él, de los cinco años que había pasado en el violento ejercicio de oficial de carpintero de obras de afuera. Y aunque esta razon no careciera de fundamento, existía tambien la de que ya se habían acostumbrado sus hombros á cierta espontánea contracción, propia de los matones, y de aquí tomó origen el apodo con que sus compañeros le distinguían. Nadie le conocía en el barrio por José Gamarra, que este era su nombre; era necesario, para distinguirlo bien, añadir el indispensable *alias*, con lo que cada vez que se le nombraba era.

preciso decir: José Gamarra, el Chepa, y aun el mote solo basta ya para darle á conocer.

—Pues pa ir á la verbena estan disponiendo ayá adentro una señora orquesta de bandurrias y guitarras, que hasta allí, exclamó el tercer parroquiano.

Era un hombre jóven, de mediana estatura, y cuyo traje y especiales maneras revelaban ese tipo de hombres designados por ciertas gentes con la significativa frase de toreros de invierno.

—Si ya no hay quien vaya siquíá á las verbenas. Si aquí ya van perdiendo toas las fiestas su carácter aparente.

—Consiste eso, en que el público no sabe ya á qué atenderse.

—Porque aquí se está perdiendo ya la afición y el gusto á toda clase de espectáculo. ¿No están ahí los toros? Que hablen por mí los toros. ¿Quién ha estado ayer tarde en la corria?

—Yo estuve, y por más señas, que me inclinó el lance del banderiyero Meli. ¡Valiente revolcon se guardó el nombre!

—Si eso no es poner banderiyas. Si eso es yevar dos paliyos en la mano y salir tocando el tambor. Y sobre todo, que aquí hay algunos hombres que no saben mas que faltar. Meli se le llevaron á la enfermería sin necesidad; y no contento con esto, para darse más lustre, hizo que le yevaran al hospital. Y el banderiyero que sabe cumplir, no debe ir, mas que adonde le yeve su matador; y el matador que se estima en algo, aonde le yeve es á su casa.

—¿Y has ido tú á ver al Meli?

—¿Yo que tengo que ir á verle? Pues qué, ¿hay alguno que le quiera ver? Venía su matador más quemao que toas las cosas, diciendo: ¡Ése paripero que se me va al hospital!

—¡Pobre Meli! la verdad es que...

—¿Y por que faltó al toro? Al toro se le faltó. ¿No estaba ya cerca de la cabeza? ¿Pues tenía más que haber metido los brazos? Di tú que es blanco.... ¡digo yo! Se me figura á mí que es blanco.

—Lo que es lo que ha hecho con su matador, está malamente hecho; ¡porque su matador es un hombre!... ¡Y un torero!

—Lo que es en cuanto á torero, tengo yo que ponerte tres cláusulas: pasando á un toro de capa, la corona y el cetro. Matando toros, la cesta y el gancho del trapero.

—Tú hablas así de él, porque aun no tienes facultades para desempeñar su puesto.

—Yo hablo así... porque puedo, y porque al fin y al cabo, si él es funcionario público, tan funcionario público soy yo como él. Y en donde se ve á los hombres es en el redondel, y al Meli le doy yo la alternativa en toos los terrenos.

—¿Qué has de dar tú?

—A él y á otros.

—¿Quisíá yo verlo.

—Cuando se quiera.

—¡Cabayeros!

—Senores, tengan VV. la bondad de salir á disputar á la calle, exclamó el barbero, que permanecía silencioso, escuchando aquella conversacion con marcado disgusto.

—No tenga V. cuidado, maestro; aquí nadie trata de

comprometer el establecimiento, porque donde está Madruga, nadie se atreve á propasarse con nadie.

—Este hombre tiene ganas de chocar conmigo, murmuró Chepa mirando al barbero con no muy buena intencion.

—El cabayeros, ya estamos los tres servidos, con que dejemos solo al maestro, que tal vez le estemos haciendo mala obra, añadió Madruga.

Contra la costumbre de los de su oficio, aquel barbero era hombre de pocas palabras, por lo que se limitó á contestar:

—Buenas tardes, señores.

Los tres hombres salieron de su tienda, en la que poco despues penetraron dos mujeres.

—Si digo yo que á ese don Vacía le voy á tener yo que castigar, murmuró Chepa entre dientes al ver entrar en la barbería á las dos mujeres.

—Vamos, Chepa, no te fijas, no te fijas, dijo Madruga sacando al Chepa de su distraccion.

—Tu eres quien manda, repuso Chepa.

Los tres hombres penetraron en el portal, internándose en el patio.

—Buenas tardes, maestro, dijo una de las mujeres que penetraron en la tienda.

—Muy buenas, seña Micaela. Para servir á V., Pepita.

—Servidora de V. contestó la llamada Pepita.

Pepita era una encantadora jóven de 17 años, cuyo tímido y virginal aspecto ganaba la voluntad del que una vez le contemplaba.

Micaela contaba, sobre poco más ó ménos, la misma edad que su compañera, de la que disenta por completo en semblante y apostura.

El fuego de su atrevida mirada, la irónica expresion de su entreabierto boca, y el garboso contoneo de su airado paso, formaban en ella lo que se llama una mujer de rompe y rasga, una hija del pueblo, llena de fe y de abnegacion, toda una madrileña de pura raza.

—Conque... ¿tene V. ya puestas en el fuego las tenaciyas?... exclamó Micaela con desabrido y epigramático acento.

—No haga V. caso, Antonio, repuso Pepita llamando al barbero por su nombre de pila. No tengo yo hoy gana de hacerme rizos.

—¿Y por qué no te has de rizar? Si quíó yo que esa cara de cielo dé envidia á las mermuraoras más encopetadas del barrio: Ande V., maestro, ande V.

—Yo estoy siempre á la disposicion de Pepita, contestó el barbero dirigiendo á Pepita una mirada cariñosa.

—Muchas gracias, contestó Pepita con cierta turbacion.

—Pues vamos allá.

—Aquí puede entrar gente que les incomodaria á VV. Pasemos, si VV. gustan, á la pieza que da al patio, donde estaremos con más comodidad.

(Se continuara.)

## CASCABELES.

Un periódico absolutista ha hablado de que las parroquias podrian enviar á Roma cada una un suavo armado y equipado, y suponemos que comido y bebido.

sonriéndose las amables frases que dirigia á sus adoradores, frases que en otro tiempo le hubieran destrozado el alma. Ya no le martirizaba el temor de perderla: la condesa habia decidido su casamiento, y aguardaba con calma el término prefijado.

¿Provenia este cambio de confianza en el objeto amado, ó de indiferencia?

Leopoldo jamás se lo preguntaba á sí mismo, y en cuanto á Cristina, decia muy á menudo á la marquesa que habia trocado el fogoso provincial en tímido esclavo, y que le dominaba por completo.

Así las cosas, una noche en que el jóven no pudo conciliar el sueño, se asomó á la ventana de su aposento, que daba al jardin.

La noche era poética y deliciosa. Un brillante velo azul, tachonado de estrellas, se extendia sobre el horizonte, y en uno de sus ángulos asomaba el disco pálido de la luna. Sus rayos plateaban las cimas de los árboles, mecidas por la brisa, y riaban en el agua trasparente de una fuentejilla. El aura traía á sus oídos los misteriosos ecos de la noche, que son otros tantos suspiros que exhala la soñolienta naturaleza, despertada de vez en cuando por los recuerdos de su amor.

Las miradas de Leopoldo, despues de vagar largo rato distraidas por el refulgente cielo y el ameno paisaje, se fijaron en una ventana medio oculta entre las ramas, que pertenecia á un pabellon, situado en un extremo del jardin.

Este pabellon estaba habitado únicamente por Margarita, quien lo habia preferido por su soledad y su aspecto campestre.

Al través de los cristales brillaba una luz, y á su resplandor divisó á una mujer vestida de blanco, que estaba leyendo sentada junto á una mesa.

—¡Pobre Margarita! pensó Leopoldo, ¡siempre ocupándose en alguna cosa útil! ¡Cuán buena es, y cuán dichoso me consideraria si fuese mi hermana, y pudiese retenerla siempre á mi lado! ¡Se está tan bien junto á ella! ¡Es tan solícita, tan amante!

Yo no sé cómo lo hace, pero piensa siempre en todo: ¡aun no se formula un deseo, cuando ya lo ha satisfecho! ¡Pobre Margarita! ¡ojalá sea tan feliz como yo deseo!

Miéntas pensaba así, la que era objeto de su atencion se levantó, cerró el libro, dió una vuelta por el aposento y apagó la luz.

—¡Va á recogerse sin duda, y fuerza será que la imi-

Veán VV. una cosa que me gusta.

Ya hay una colocacion á que podemos aspirar.

Tan buen pensamiento alabo; voy á ver, querida Eustoquia (1), si me viste de zuavo el cura de la parroquia.

Los periódicos ministeriales amenazan no sé á quiénes con no sé qué.

Estamos temblando de miedo.

Suplicamos á esos valientes que nos perdonen la vida.

En una calle de esta corte, en y el escaparate de una tienda, hemos leído lo siguiente:

Se hacen corsés con fajas elásticas para sujetar el vientre á la emperatriz.

Nos parece que rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Los periódicos hablan de un padre que en Consuegra ha matado á doce hijos suyos ilegítimos, y de otro bárbaro que en el extranjero ha pegado un tiro á su madre.

Y se habla de las fieras. No hay fiera ninguna capaz de hacer tanto daño como un hombre.

Se va á abrir el ferro-carril de Moron.

Me alegro.

Periodistas en monton irán, si tienen dinero, á ver á su compañero, el gallito de Moron.

El maestro Braga ha escrito una ópera, titulada *Gli avventurieri*.

Serán los politiquillos de aquí.

Por las cercanías de Vich anda un señorito comprando el pelo á las muchachas.

No venga avoto á mi abuelo: ese señor por acá, porque lo que es aquí, ya no nos queda ni aun el pelo.

En *La Regeneracion* hemos hallado la siguiente impiedad:

Hablando de una señora que ha profesado en las Salesas, dice que arrojó con desprecio á un lado sus brillantes atavíos, y presurosa y llena de júbilo, vistió la humilde librea de esposa de Jesús de Nazareth.

Miren VV. que tiene perendengues eso de llamar librea al hábito religioso. Jesús de Nazareth no da librea á nadie, señora periódica.

Si otro periódico hubiese dicho desatinado semejante, rapénas hubiera V. hecho aspavientos!

(1) Mi parienta.

## ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPITULO VII.

EL PRIMER DESENGAÑO.

(Continuacion.)

Habia una razon para ello. Margarita nunca se habia separado del lado de su madre, y solo habia alterado con la hermosa Cristina, cuya comparacion no podia ménos de desfavorecerla. Acostumbrada á oírse sin cesar deprimir, habia adquirido aquella timidez y encogimiento que presta la excesiva desconfianza de las propias cualidades.

Ahora su posicion era muy distinta, pues habia sabido conquistarse las generales simpatías. Las jóvenas eran amigas suyas, porque su modestia alejaba la envidia, los ancianos porque prestaba atencion á sus relatos, las madres porque elogiaba sinceramente la belleza de sus hijas. Y he aquí por qué Margarita, halagada por el general afecto, y teniendo más confianza en sí misma, habia adquirido aquella soltura en los modales, aquella amabilidad en la conversacion y aquel gracioso modo de vestir, que no constituyen la belleza, pero que la suple algunas veces.

Desde aquel dia fueron estrechándose insensiblemente los lazos que unian á aquellos tres seres que tan bien se apatizaban entre sí, y entre los cuales Cristina parecia una extraña, é insensiblemente fueron minorándose los celos de Leopoldo.

Amaba á Cristina del mismo modo; pero ya no sufría al verle salir de casa, y aun á veces lo deseaba, tan solo con el inocente fin de concluir algun libro interesante, ó de dar un paseo apetecido.

Ya su coqueteria, que tanto le atormentaba en un principio, le hacia gracia, y más de una vez escuchaba

te, porque debe ser muy tarde! pensó de nuevo Leopoldo.

Aun no habia acabado de hacer este propósito, cuando un ligero rumor de pasos le detuvo clavado en aquel sitio. Parecióle divisar una blanca sombra que se deslizaba misteriosamente por entre el ramaje; pero la luna no difundia del todo su melancólico resplandor, el jardin estaba sumido en la oscuridad, y creyó que sería ilusion de sus sentidos.

Sin embargo, al cabo de un momento apareció otra distinta sombra, y el aura trajo á su oído, aunque debilmente, el eco de una voz varonil, mezclado con el de una voz suave y melodiosa.

Excitada su curiosidad hasta lo sumo, no atreviéndose á prestar fe á la sospecha que acababa de surgir en su mente, no pudiendo rechazarla, se decidió á penetrar aquel misterio.

Las ramas de un álamo tocaban casi á la ventana. Saltó sobre su alfeizar, se agarró á aquellas frágiles ramas, llegó felizmente al tronco del árbol, y desde allí se descolgó hasta el suelo.

Dirijióse entónces paso á paso al sitio en donde resonaba aquel confuso murmullo de voces; pero cuando estaba ya próximo á la misteriosa pareja, asustada ésta por el ruido que hizo con las ramas, se separó precipitadamente.

Una de las dos sombras, vendida por la blancura de su traje, no pudo ocultarse á las miradas de Leopoldo, que la siguió en su rápida carrera.

La fugitiva dió mil vueltas por el jardin, y cuando el jóven estaba ya seguro de alcanzarla, abrió la puerta del pabellon, y desapareció de su vista.

—¡Margarita! exclamó Leopoldo con tono doloroso, ¡Margarita!

Y quedó inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, con las miradas fijas sobre el suelo. ¡Parecia que el firmamento se hubiese desplomado sobre su cabeza, dejándolo atónico y sin vida!

Pero en la calle resonaron angustiosos gritos de socorro que organizaron su espíritu abatido.

Despertáronse los impulsos generosos de su alma, corrió hácia la tapia y quiso escalarla.

Era empresa fácil por aquel lado, pues podia trepar por los árboles hasta llegar al borde del muro; pero la bajada debia ser casi imposible.

(Se continuará.)

Un periódico publica una lista de los espectáculos á que puede asistir en París el viajero, y entre ellos cita el de las *Señoras cómiques*.

Francamente, no sabemos dónde está este teatro, que no debe ser el llamado *Delasements comiques*.

Leemos en *El Español*, periódico ministerial:

«Ayer llegó á esta corte, de regreso de su expedición á la Granja, el señor duque de Valencia, Presidente del Consejo de ministros.

«Los demás señores ministros permanecerán algunos días en el real sitio.

«A pesar de haber estado Madrid sin Gobierno, digámoslo así, ni en Madrid ni en las provincias se ha alterado ni un solo momento la tranquilidad pública.»

Estamos enterados, señor *Español*, y se le dirá.

En la calle de Alcalá se enseñan tigres marinos. Y dice el cartel:

TIGRA MARINA.

Viva V. mil años, señora tigre.

En Madrid ha estado el presidente de la república del *Valle de Andorra*.

Dicen que venía con él el *viejo pastor*.

Como ahora habla todo el mundo de Méjico, ya se anuncia una *pomada mejicana*.

¡No es mala pomada la que usan por allá!

**Charadita del número anterior.**

Es el ministerio amable  
muy sensible, si, señor,  
al amor,  
al amor *amortizable*.

Dice un periódico ministerial en un artículo que puede y debe arder en un candil:

«Se dejó una gran libertad á la prensa, y la prensa se sirvió de aquella para deshonorarse y deshonorar á su patria.»

Ya recuerdan VV. cómo escribían los señoritos de *Los Tiempos* y *El Español* en tiempo de la union liberal.

Conque no digo más.

Aquí nos conocemos todos.

La empresa editorial de los señores Elizalde y compañía, se ocupa en allegar los elementos necesarios para la publicación de una notable obra de actualidad sobre los acontecimientos de Méjico. Las conmovedoras peripecias del sangriento drama que acaba de terminar en Querétaro con el fusilamiento de Maximiliano y sus generales, son hoy objeto de todas las conversaciones. Es general en todos los países de Europa la curiosidad de conocer todo lo que á Méjico se refiere. Faltaba una obra que viniera á satisfacerla en España, y tal es la que publicarán muy en breve los citados editores, en pocas entregas, con bellísimos retratos y á un precio tan módico, que haga fácil su adquisición á toda clase de personas. La redacción de la obra se ha encomendado al señor Pruneda, cuya competencia en la historia contemporánea de América es conocida de cuantos han tenido ocasión de examinar sus trabajos periodísticos de los últimos años. Están en prensa el prospecto y la primera entrega.

La Administración, calle de Jacometrezo, 44, entresuelo izquierda.

**Soluciones á los geroglíficos insertos en los números 318 y 319.**

Núm. 318.

Si te pica el escorpión,  
coge la pala y el azadón.

Núm. 319.

Es la música y la pintura un adorno, y á veces necesario.

Se ha publicado el cuaderno núm. 20 del *Diccionario doméstico*, obra importantísima para generalizar los conocimientos teóricos y prácticos de la *Agricultura*, de la *Horticultura*, de la *Floricultura*, de la *Economía doméstica y rural*, y cuanto es necesario saber en la vida. Su autor, don Ballino Cortés y Morales, está prestando al público en general un excelente servicio en la publicación de tan útil libro, el único en su clase.

Sr. CASCABEL:

En la carretera de Valencia, en las primeras casas que se hallan á la derecha, pasando la empalizada ó cerca de la estación del ferrocarril (y que por cierto, todavía no se hallan numeradas) hay un estanco, y encima de la puerta un farol que en un vidrio tiene pintado el número 33, y en otro, debajo, un letrero que dice: *Papel sellado*.—Por lo que tiene de oficial dicho rótulo, puesto que anuncia la venta de un efecto estancado, bien merece la pena de que se corrigiese.

Y á propósito de esto. ¿No hay un *Visitador general de policía urbana*? ¿No debería ser atribución propia de este destino la vigilancia de tales faltas de ortografía en rótulos oficiales, y aun no

oficiales, y otros de igual clase, ya que las gravísimas y perentorias atenciones de los más altos funcionarios no les permitan descender á mirar y ver lo que está á la vista de todo el mundo? He dicho, y hasta otra vez.

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

**MARIA MAGDALENA.**

NOVELA BÍBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

Revisada y censurada por la autoridad eclesiástica.

BASES DE LA PUBLICACION.

*Maria Magdalena* se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior. A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica. Cada entrega costará medio real en toda España. Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de diez entregas, remitiendo diez sellos de correos de 1 rs. de 50 milésimas de escudo, ó letra del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administración de EL CASCABEL, Hileras, 4, Madrid. En provincias todos los correosales de esta empresa.

La primera entrega á la mayor brevedad.

GEROGLÍFICO.



**ANUNCIOS.**

**perfecta salud á todos.**—La *Revalenta Árabe* de *Borri de Londres*, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, vómitos, hiegos, acedías, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65.000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pío IX, la de la marquesa de Bréhan, del duque de Slusky y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300 rs. Casa de Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

**Depósitos.** Señor don José García.—Señor Borrell.—Señor don Vicente Miquel.—Señor don Carlos Ulzurum.—Señor Sánchez Ocaña.—Señor Escobar.—B. Cuyas, Barcelona, calle de Lander.—Ramon Piñal, Cádiz.—José María de Scombe, Bilbao.—Jorge Modgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias.

**ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS, con Real privilegio exclusivo.**

Los señores Huguet y Suñé ofrecen al público su establecimiento, calle del Arsenal, números 19 y 23, y Plaza del Príncipe Alfonso (antes de Santa Ana), núm. 13, donde hallará grande surtido de camas de perfecta y sólida construcción desde los precios más baratos á los más altos; fabricadas por un nuevo sistema y de mucha duración aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, preciosos en las casas, fabricados de hierro y otros metales.

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningún otro establecimiento de su clase.

**BAÑOS.**

NO MÁS TUFO EN LAS HABITACIONES.

**Ave María**, tienda del señor Marin, se venden y alquilan baños de zizón y de hojadelata con estufas ordinarias y de las que no dan tufo, como en años anteriores, que en atención á las circunstancias y á las muchas aguas que posee hoy Madrid, serán sus precios muy económicos.

**GRABADOR.**

M. A. Ricord y Estrada, ha trasladado su habitación y estudio, á la calle de Lope de Vega, número 32, cuarto.

**Fábrica de papel pintado.**—La Imperial. Paseo del mismo nombre, núm. 2 y T. Juan 14. Novedad y baratura en todas las clases.

**IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.**

Esta casa acaba de recibir un brillante surtido, que puede satisfacer el gusto más exquisito, sin que el millar pase de 140 duros.



**ACEITE DE BELLOTAS.**

Es el cosmético más admirable que se ha conocido para conservar, lustrar los cabellos, hacerlos salir y precaver las canas.

A 6, 12 y 18 reales frasco.—Calle de Jardines, número 5, Madrid.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

(Entiéndase que la P. quiere decir Perfumería, la C. Comercio, la F. Farmacia y la D. Droguería.)

Albacete, P. de Martínez; Almería, F. de Moya; Alicante, F. de Soler y F. de Hernandez; Avila, C. de Gutiérrez; Antequera, F. de Ríos; Algeciras, F. de Ulor; Barcelona, F. de Borrell, del Globo de Monserrat y P. de Torra; Badajoz, F. de Ordóñez; Burgos, C. de Moliner y de Villalain; Baza, C. de Garzon; Burgo de Osma, F. de Rica; Cartagena, P. de la Cruz; Cádiz, P. de Rey; Ceuta, F. de Ulor; Córdoba, F. de Montilla; Coruna, F. de Moreno; Cuenca, C. de Gomez; Cáceres, P. de Vinagra; Cuevas de Vera, P. de Marquez; Ferrol, D. de Galian; Gerona, F. de Vivas; Granada, D. de Puente del Carbon; Habana, P. de Matas; Jijón, C. de Winder; Jaen, F. de Alvar; Jerez de la Frontera, F. de Gonzalez y P. de Dez; Lérida, F. de Abadal; Mahon, F. de Bcfill; Málaga, F. de Navas y P. de Castilla; Murcia, C. de Almazan; Oviedo, F. de Santa Marina; Orihuela, P. de Matos; Pamplona, P. de Razquin; Palencia, P. de Puñeta; Palma, F. de Canals; Palencia, P. de Fontana; Quintanar de la Orden, D. de Villanueva; Reus, F. de Andreu y P. de Gullí; Sevilla, P. de Perrier y P. de Pinto; Santander, P. de Alonso; San Sebastian, P. de Avestaran; San Fernando (Isla), P. de Miralles; Soria, P. de Losada; Salamanea, F. de Villar y D. de Villar; Segovia, C. de la viuda de Cibati; Toledo, F. de Martín y Duque; Tortosa, P. de Villuendas; Tarragona, F. de Cuchi; Tuy, F. de Amcodo, hermano; Ubeda, F. de las Peñas; Vigo, D. de Iardo; Vitoria, P. de Blanco; Valencia, P. de M. lendez y F. de Vidal; Valladolid, P. del Ramillete oriental; Zaragoza, P. de Larioque, de Baril y de Jordan; Zamora, F. de la viuda de Escera.

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. RR.

**VALENTIN GALVEZ.**

CAMISERO DE CÁMARA DE S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS. PUERTA DEL SOL, NUMS. 11 Y 12.—MADRID.

Se han recibido un bonito surtido de juegos de cuellos y puños bordados para señora. Camisetas de seda, corbatas y pañuelos de batista bordados.

**FABRICA DE LICORES.**

DE LA VIUDA DE PASCUAL É HIJOS.

**PALMA ALTA, NÚMERO 11.—MADRID.**

Licores ordinarios, finos, superiores y escarchados. Aguardientes, rones y vinos generosos.

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR.

Se facilitan prospectos y se remite á provincias.

9 19 M. 2 20 J. 4 18 J. 4 y 18 A.

**AVISO Á LAS EMPRESAS TEATRALES.**

Se vende un magnífico vestuario para ópera, verso y zarzuela, capaz para catorce coristas. Dicho vestuario solo ha servido dos meses el año anterior en el teatro de Calderon de la Barca (Valladolid).

También se venden las músicas de todas las zarzuelas antiguas y modernas.

Una guardarropa baja con todos los objetos. Las personas que quieran hacerse con todo, bajo un precio módico, pueden dirigirse, bajo el nombre de José Grau, Sierpes, núm. 88, establecimiento de modas de París, titulado la *Aurora*.—Sevilla.

**Barajita amorosa**, dedicada á los enamorados por don Juan Tenorio.—Entretimiento muy propio para las tertulias en estas noches de verano. Consta de 40 tarjetas, 20 de señora y 20 de caballero, que se barajan y siempre sale una pregunta de caballero y una contestación oportuna de la señora.

Se vende en la Administración de EL CASCABEL á 2 rs., y se envía á provincias á quien mande 3 sellos de á medio real.

**Legislacion vigente acerca de los desahucios.**—Contiene las disposiciones de la Ley de enjuiciamiento civil referentes á esta clase de juicios, anotadas con vista de las resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia, y adicionadas al pie de cada artículo con las variaciones introducidas en ellos, por la Ley de 25 de Junio del corriente año y el Real Decreto de la misma fecha para su ejecución, por un abogado del colegio.

Esta obra, utilísima á toda clase de personas como su mismo título indica, se halla de venta en la Administración de este periódico, calle de las Hileras, número 4, único punto de venta al precio de DOS REALES ejemplar. Se remitirá á provincias á todo el que envíe cinco sellos de medio real.

**Nueva Tarifa de Correos**, publicada en Real decreto de 15 de Mayo de 1867.

Adicionada con tablas para facilitar el franqueo de las cartas, periódicos, impresos y libros, por la *Revista de Correos*.

Se hallará de venta en Madrid al precio de 2 rs., en la librería de Salvador Sanche Rubio, calle de Carretas, núm. 31, y en la Administración de EL CASCABEL, Hileras, 4, donde se servirán los pedidos de provincias mediante cinco sellos de cuatro cuartos.

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel,

á cargo de RAMON BERNARDINO, calle de las Hileras, número 4, bajo.